

La novela de ambiente prehistórico

por Salvador Vázquez de Parga*

Dentro de la novela histórica encontramos obras ambientadas en la prehistoria, protagonizadas por héroes a los que, unas veces, se les desposee totalmente de los atributos propios del hombre civilizado, mientras que en otras, los protagonistas troglodíticos encarnan las características humanas actuales. En muy pocas novelas se consigue, sin embargo, el equilibrio justo entre estas dos concepciones. La siguiente exposición recoge los textos y los autores que, desde finales del XIX hasta la actualidad, mejor han sabido recrear la prehistoria, dotando a los protagonistas de una personalidad acorde a su precario grado de civilización.



JORDI BULBENA, TRES XACALS A LA CIUTAT, BARCELONA: LA GALERA, 1976.

NOVELA HISTÓRICA



La aventura como liberación intemporal del héroe ha transportado a menudo a sus protagonistas a períodos históricos diversos según las circunstanciales conveniencias del relato que la acoge como núcleo argumental. La novela histórica se ha convertido ya en un género narrativo, y es difícil que cualquier muestra de ella no comporte el relato de una aventura con la ambientación adecuada a sus condiciones imaginativas. Pero existen también novelas y aventuras, menos conocidas, cuya ubi-

cación temporal rebasa el período histórico para situarse en una época anterior a él, en la prehistoria, una era que permite a los novelistas cierta libertad de fabulación ambiental, pero entraña a la vez una obligada reminiscencia antropológica con manifestaciones variables según la ideología del escritor.

No es lícito desde luego introducir en ambientaciones temporales tan remotas las características humanas actuales, pero tampoco resulta adecuada la absoluta animalización de los héroes prehistóricos, privándoles de inteligencia y de sentimientos por el solo motivo de su antigüedad. Quien encontró por primera vez el equilibrio entre ambas po-

sibilidades, quien descubrió el punto de evolución que parece adecuado al hombre prehistórico para convertirlo en héroe de aventuras acordes con su precario grado de civilización fue, sin duda, el escritor belga J.-H. Rosny *Aîné*, autor de una serie de cinco novelas y dos relatos de este tipo.

J.-H. Rosny era el seudónimo que durante años utilizaron los hermanos belgas Joseph-Henri (1856-1940) y Justin-François (1859-1948) Boex, el mayor de los cuales comenzó a escribir en solitario en 1907 conservando el nombre de pluma común al que añadió la palabra *Aîné* (mayor), si bien con anterioridad a tal fecha fue autor único de varias novelas firmadas conjuntamente, y entre ellas algunas de ambiente prehistórico.

La primera novela de este tipo, *Vamireh* —escrita en 1892 y traducida al castellano en los años 20 con prólogo de Blasco Ibáñez—, relataba el despertar de la

PILARÍN BAYÉS, PETITA HISTÒRIA DEL LLIBRE, BARCELONA: MEDITERRÀNEA, 1993.

humanidad en los seres primitivos, de sus sentimientos e inquietudes, de sus dificultades ante el mundo, superiores ya a la simple lucha por la existencia. Al año siguiente se publicó *Eyri-mah*, calificada como «novela lacustre», y en 1896 y 1897 aparecieron respectivamente *Elam d'Asie* y *Nomaï*, dos relatos breves de amor prehistórico.

Héroes de piedra

Hubieron de transcurrir 18 años para que J.-H. Rosny se decidiera a continuar describiendo los ambientes cuaternarios, y lo hizo al fin en tres novelas decisivas que culminaron la serie. *La guerra del fuego*, publicada en 1909, es sin duda su obra maestra. Narra en ella la aventura de Noah y dos de sus compañeros en pos de la llama que había sido robada a la tribu de los aulhamr. En 1923 fue traducida al castellano con el título de *La conquista del fuego*, con magníficas ilustraciones de Serra Masana, en la colección juvenil de Seix Barral y alcanzó varias ediciones.

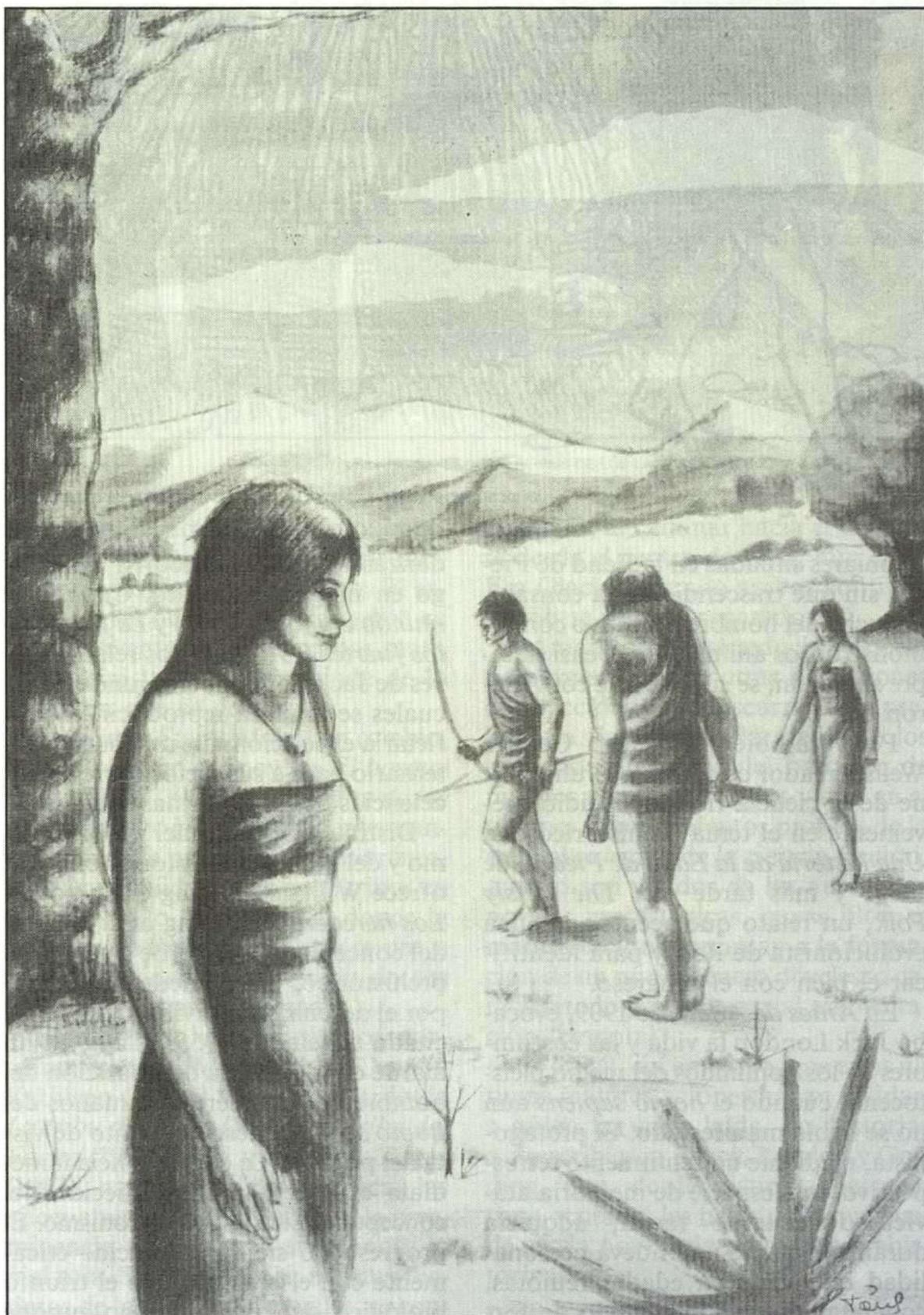
La misma colección acogió en 1935 *El león de las cavernas* (*Le félin géant*, 1920), en torno a las fantásticas andanzas del valiente Aoun, hijo de Noah. *La guerra del fuego* mereció, en 1964, una nueva versión castellana, y en 1981 fue llevada al cine por Jean-Jacques Annaud. En 1991 y 1992 dos editoriales distintas han actualizado las dos obras de Rosny últimamente mencionadas, y una de ellas añade la versión de *Helgvor, el guerrero del río azul* que cerró el ciclo prehistórico en 1930.

Es típica en las novelas de Rosny la concurrencia de varias tribus en diferente grado de desarrollo, de las que la más evolucionada alcanza la preponderancia y se impone a las otras para marcar el camino del progreso. El hombre emerge de un mundo de barbarie para descubrir sus sentimientos, sus aspiraciones, sus relaciones con otros seres, su propia conciencia,

lo que le empuja a conseguir una vida mejor, un mundo más avanzado, iniciando su marcha hacia la civilización. Bajo la aventura se esconde una evidente intención antropológica referida al hombre del paleolítico inferior, cuya rudimentaria inteligencia le hace

fluctuar aún entre la recién adquirida humanidad y los comportamientos propios de los seres que le rodean.

Después de Rosny, los relatos prehistóricos fueron escasos y esporádicos. Es cierto que en Francia abundaron durante un tiempo las narraciones



LA GUERRA DEL FUEGO, BARCELONA: VICENS-VIVES, 1964.



JORDI BULBENA, TRES XACALS A LA CIUTAT, BARCELONA: LA GALERA, 1976.

populares situadas en la Edad de Piedra sin que trascendieran la consabida lucha del hombre primitivo con los monstruosos animales que, casi siempre sin razón, se supone que convivieron con él.

Pero también Herbert George Wells, creador con Rosny y Julio Verne de la ciencia-ficción, incidió brevemente en el tema prehistórico con *Una historia de la Edad de Piedra*, de 1897, y más tarde con *The Grisly Folk*, un relato que acentúa la ética evolucionista de Rosny para identificar el bien con el progreso.

En *Antes de Adán*, de 1909, evocaba Jack London la vida y las costumbres de los homínidos del medio pleistoceno, cuando el *homo sapiens* aún no se había manifestado. El protagonista, mediante un sentimiento retrospectivo, una especie de memoria atávica o recuerdo racial, adquiría durante el sueño una nueva personalidad que vivía en edades remotas, concretamente en el período de formación del hombre, y relataba sus an-

danzas oníricas sin recurrir al diálogo en ningún momento. *Cuando el mundo era joven* (1913) y *La fuerza de los fuertes* (1914) son dos relatos breves de Jack London, el segundo de los cuales se limita a reproducir la panfletaria exposición que un abuelo cuaternario hace a sus nietos sobre las excelencias de las doctrinas socialistas.

Distinto concepto del evolucionismo y del hombre prehistórico es el que ofrece William Golding en su novela *Los herederos*. Golding es el creador del concepto de antihéroe en el relato prehistórico, del perdedor arrollado por el devenir de la civilización. En la citada novela, de 1955, relata, en un alarde de ingenio, la desaparición del hombre de Neandertal a manos del *homo sapiens*, desde el punto de vista del primero. La consecuencia inmediata es, pues, la contradicción del concepto clásico del evolucionismo. El progreso no siempre coincide éticamente con el bien, porque el triunfo biológico de los fuertes no supone para la comunidad una mejora moral

o social. Para Golding, el hombre primitivo es ingenuo porque carece de experiencia, pero posee unos sentimientos semejantes a los del hombre actual, condicionados por la rudeza del mundo que le rodea. En *Cronc Cronc* (incluido en el volumen *El dios escorpión*), Golding abordó de nuevo, en 1956, los ambientes prehistóricos, para exponer una fábula maravillosa, mezcla de realidad y fantasía, en la que destaca el estilo mágico del escritor para describir las emociones del protagonista.

En busca del fuego

También en España algunos escritores, con diversas intenciones, incidieron en la narración de ambiente prehistórico. La primera en hacerlo fue doña Emilia Pardo Bazán, entre cuyos méritos figura el de haber introducido en el país el relato policia- co, con la novela corta *En las cavernas*, escrita según los criterios de Wells.

Años más tarde, en la década de los 20, el padre Jesús Carballo compuso, con el título de *El rey de los trogloditas*, una lamentable novela de exaltación patriótica con el protagonismo de los ancestrales habitantes de Altamira que decoraron las paredes de las cuevas. La utilización de los actuales toponímicos desambienta totalmente la ejemplificadora narración. Ejemplificadora y moralizante resultó ser también la novela corta *La tribu del Halcón*, escrita en 1939 por Ricardo Baroja, en tono grandilocuente y engolado, calificada por él mismo como «cuento prehistórico de actualidad». En ambos casos, la aventura de los protagonistas queda eclipsada por los fines del autor.

Destaca de las anteriores, en la producción española, la documentada narración titulada *Balok, el hombre que cazó al ruido*, que publicó en 1946 R.J. Salvía donde, acercándose a la línea de Rosny, elevó a la categoría de héroe a su protagonista, empeñado en



PILARÍN BAYÉS, VIAJE AL PAÍS DE LOS LACETAS, BARCELONA: LA GALERA, 1969.

dominar el sonido para moldearlo a su gusto a través de la música.

Más recientemente, se ha utilizado en España la ambientación prehistórica en relatos como *Ut y las estrellas* (1964), de Pilar Molina Llorente; *Viatge al país dels Lacets* (1969), de Sebastià Sorribas; o *Tres xacals a la ciutat* (1976), de Josep Vallverdú, dirigidas a un público juvenil, a partir de las coordenadas pedagógicas propias de este tipo de literatura.

En los últimos años, la temática narrativa prehistórica ha vuelto a la actualidad a raíz de la publicación de la tetralogía *Los hijos de la tierra*, escrita por la norteamericana Jean M. Auel, que comprende los gruesos volúmenes titulados *El clan del oso cavernario* (1980); *El valle de los caballos* (1982); *Los cazadores de mamuts* (1985), y *Las llanuras del tránsito* (1990). Auel relata en ellos los amores y aventuras de la intrépida Ayla en una Edad de Piedra fruto de su fantasía fabuladora, sin que consiga centrar el perfil del hombre prehistórico, cuyas reacciones frecuentemente equi-

para a las del actual, para aproximarlas otras veces a la conducta instintiva de las bestias que le rodean. El escaso interés de la tetralogía radica en la pura aventura, de marcados matices feministas, si se prescinde de la época en que se desarrolla.

El italiano Stanis Mulas, en cambio, supo ofrecer en sus novelas *El bosque de los dioses* (1988) y *El hombre de los acantilados rojos* (1989) una interesante visión de la prehistoria mediterránea, con la consabida pugna entre tribus en distinto grado de evolución, donde la aventura de los protagonistas se une a una sorprendente descripción de sus costumbres y modo de vida.

Finalmente, los arqueólogos norteamericanos W. Michael Gear y Kathleen O'Neal Gear, en la trilogía *La tribu del Lobo* (1990), *La tribu del Fuego* (1991), y *La tribu de la Tierra* (1992), han pretendido glorificar las raíces americanas, destacando la preeminencia de una raza sojuzgada, la piel roja. Sus personajes, no muy distintos de los hombres actuales, se convierten en los primeros pobladores de

América, al caminar hacia el noroeste desde el centro de Asia, aún en la Era Glaciar, cuando ambos continentes no se habían separado.

Al margen de este reducido núcleo de novelas, existen otras narraciones cuya acción, sin transcurrir en la prehistoria, incide en ella mediante los socorridos recursos del hallazgo de pueblos perdidos o de los viajes en el tiempo, procedimientos propios de la pura aventura o de la ciencia-ficción, que no son válidos en las auténticas novelas prehistóricas, cuyas últimas manifestaciones apuntan a la formación de un nuevo género novelesco caracterizado por su especial ambientación temporal.

Es difícil, sin embargo, que estas últimas manifestaciones hagan olvidar, a quien las haya leído, las historias que escribieron Rosny, London y Golding, que, desde distintas perspectivas, sentaron las bases de lo que puede ser la novela de aventuras prehistóricas. ■

* Salvador Vázquez de Parga es comentarista de cómics y de literatura popular.